

Milamores

JAIME LANDÍNEZ A.

Egresado del TEUC de la Universidad Central.

Primer premio del Concurso TEUC 2016.

*

Hemos esperado mucho tiempo, especialmente las mujeres. Yo no quiero recordar cuando todo esto empezó, pero a veces cuando estoy cerquita a quedarme dormida, me vienen los pasonazos por los brazos y las piernas, y me toca ponerme de pie, prepararme algo caliente y frotarme las piernas bien duro a ver si les vuelve el calor. Yo era muy caminadora. Charlatana, también. Y la más bonita de la casa. “Por eso fue que le pasó lo que le pasó”, le oía yo decir a J. Yo quería ser profesora y administrar una tienda en el pueblo para que no se aprovecharan tanto de nosotros: pero cuando me tocó ver cómo quedó la tienda de don M., y cómo tiraron por el suelo todo el arroz y los frijoles que no quisieron llevarse, me quedé como pasmada por varios días y no hacía sino soñar cada noche con cascadas de pepitas de arroz que se me metían por la nariz, me cortaban el aire y me hacían despertar de un brinco. Y con lo que nos gustaba allá el arroz con frijoles negros. A papá le gustaba cultivarlos, y a nosotros desgranarlos y comerlos. Pero todo eso se perdió y por eso le digo que a mí no me gusta recordar cómo fue que todo empezó.

*

Mi mejor amiga siempre fue la yegua blanca que papá y mamá compraron a la semana siguiente de su matrimonio, la Milamores. Yo le tenía miedo a los animales (a los micos, a los toros, a los gavilanes), pero a ese no, a Milamores no. Como ya le había dicho, pero usted no me creyó, ese animalito duró por

ahí unos 50 años. Nada la mató, y más bien se ponía más fuerte cada día que pasaba.

Yo tendría unos 9 años, y entonces vino mi primo C., un muchacho hecho y derecho que no hacía nada con su vida, aparte de montar a caballo todo el día y pasearse de finca en finca picándole el ojo al que se dejara. Como yo estaba jugando con Milamores cuando llegó, me dijo que iba a llevarme a dar un paseo. Yo tenía miedo, me quedé inmóvil, aterrorizada, porque mamá siempre nos había dicho que mucho cuidado con los muchachos que solo quieren aprovecharse de uno.

Él montó el animal, me tomó por la cintura y me acomodó delante suyo. Recorrimos en muy poco tiempo todos los caminos que a mí me tocaba andar todos los días. Íbamos tan rápido que si abría la boca me ahogaba con el aire, pero entonces abrí bien los ojos, estiré las piernas y respiré. Se sintió muy bonito. Escapar, jugar con el aire así, recorrer todo el que era mi mundo tan rápido. C. se me acercó y me dijo que esa era una promesa que estaba cumpliendo, que si acaso ya se me había olvidado. Yo la recordaba perfectamente, pero la daba por perdida.

Todavía no entiendo por qué —otra de las tantas cosas que aún me cuesta comprender—, pero cuando nos tocó venirnos para acá, era eso en lo que yo pensaba, era eso lo que me hacía llorar. Y Milamores lo presintió, porque al día siguiente del paseo con C., bien de mañanita cuando fui a buscarla para peinarla, hallé vacío su corral. Lo primero que pensé era que estaba en celo y

que por eso se había ido toda la noche. Me fui siguiendo sus huellas, andé y andé hasta que la encontré. Me miró por un momento y volteó de nuevo su rostro. Estaba metida en un pozo de agua estancada, inmóvil, sus patas hasta las rodillas en el agua, me miraba y me pedía que la dejara ahí, que me fuera. Así lo hice. La esperé dos noches y al amanecer del tercer día la encontré esperando a que la peinara. Cuando me pasó lo que me pasó, mi mamá me recogió donde me dejaron botada, yo la miré avergonzada, y le imploré que me dejara sola, que se fuera. Pero ella no me hizo caso y me abrazó.

*

Mi pobre abuelo lloraba, hasta que la pena lo mató. Yo me escondía cerquita de él y le oía decir:

—Mis animalitos, de hambre se me van a morir mis animalitos. —Y yo agarraba un palito o una piedrecita que estuviera por ahí y la lanzaba frente a él para que al verla caer se distrajera. Y así siempre ocurría.

—¡Mirá esta piedrita de colores que cayó del cielo! —se levantaba diciendo— ¡Mirá, uno la toca y cambia de color!

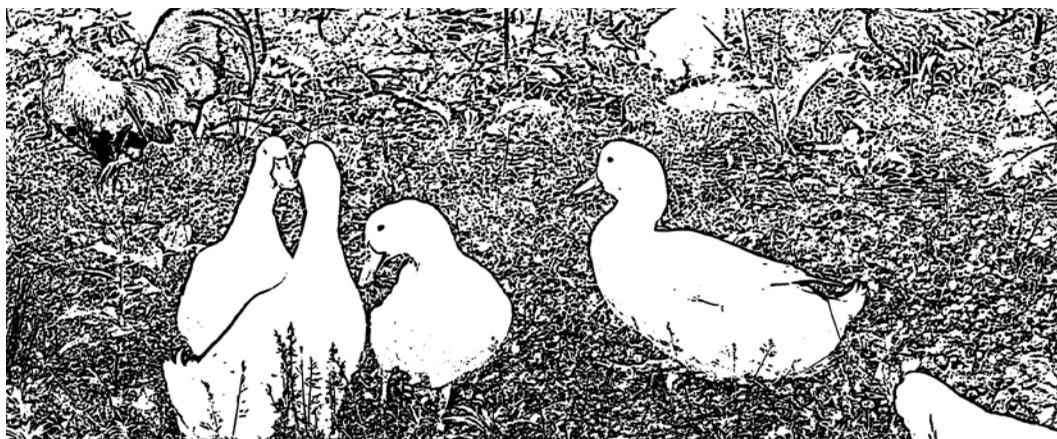
Y por algún tiempo —espero— se le olvidaban sus vacas, sus patos y demás animales que le obligaron a abandonar. Y las mojaras enormes que hacía años había empezado a criar, un proyecto que a la abuela

siempre le había gustado poco. Una vez me pidió que lo acompañara cuando iba a darles de comer; entonces me sentí su nieta preferida y no me importó que D. fuera la favorita de mi abuela, y que a ella sí la dejara subirse al árbol y pudiera llenarse los bolsillos con las manzanitas de colores que botaban chorros de agua cuando uno las mordía.

Yo no sabía en qué consistía, pero seguí al abuelo con cuidado, poniendo atención a cada detalle. Primero afiló la macheta, con agüita que yo le iba echando a la piedra donde movía, de aquí para allá, semejante objeto brillante. Luego caminamos. Llegamos a un lugar donde hacía frío. Saltamos sobre piedras y sin esperarlo, estábamos frente a un bosque de plantas gigantes, de hojas enormes y muy verdes, algunas de las cuales el abuelo cortó, una por una, hasta llenarnos las manos de un espeso ramillete de hojas que daríamos a comer a los peces. Cuando íbamos llegando al pozo, el abuelo me pidió que me quedara callada, haciendo señas con las manos para que me moviera con sigilo, para que anduviera despacito.

—Allá se ven toditas, mírelas. Son tan coloradas que parecen rojas, ¿sí ve? Son más de ochenta. Ochenta conté yo hace una semana.

Y mientras lo decía se le alegraban los ojos, se le llenaban de agua, sonreía. Caminé con cuidadito, para no asustar a



los peces, para que no se movieran estre-pitosamente y echaran a perder ese cuadro perfecto de colores, movimientos tenues y silencios. Conté cuarenta y cinco. El abuelo había mentido otra vez.

Las mojarras se tragaron las hojas con una rapidez asombrosa; apenas se las tirá-bamos y sin que nos diéramos cuenta ya le habían hecho huequitos desde abajo, muchas boquitas comelonas que yo no alcanzaba a ver, hasta que quedó únicamente el esqueleto de las hojas que se fueron hundiendo uno tras otro. Yo miraba con atención, fascinada. Ya tendría con qué contestarle a P. cuando me mostrara su odiosa colección de piedras de colores.

*

La gente decía que parecía una foto. Como yo me enfermaba tanto, no pude volver a la escuela. Esa es una de las cosas que más me ha dolido en la vida, sepa usted. Cuando regresaban de la escuela P., D. y los demás, yo me metía en un rinconcito y lloraba. Lloraba porque no me dejaban hacer lo que a mí más me gustaba: aprender; pero aprender a leer y a escribir.

Para entonces a mi mamá y a la abue-la les pareció importante enseñarme a tejer croché. La abuela se sentaba en una silla alta y me acomodaba a su lado, y las dos tejíamos por horas y horas, en completo silencio. Si yo quería conversar con ella, o preguntarle acerca de una puntada, siempre me respondía de la misma manera: “Pregúntele al tejido y verá”. Y entonces así me acostumbré. Entre cadeneta y cadeneta, yo iba uniendo las puntas, perfeccionando los contornos, dándole formas a figuras y pedacitos de mundo que se volvían míos y que sólo me hablaban a mí.

Cuando llegué aquí supe que muchas mujeres que han nacido y crecido en esta tierra también tejen croché y lo llevan haciendo por muchos años. Es algo que no

solo se aprende en el internado, como le tocó a mamá, que después le enseñó a la abuela. Sin saberlo, yo entonces fui tejiendo los pedazos de una historia cuyas puntadas finales me correspondería dar aquí, tan lejos de casa, de las manzanas de D., del baile de los hambrientos peces rojos, del galope libre de Milamores.

*

Al principio todo fue silencio. Un silencio tan bien pensado que se nos metió en las orejas como un pitido, que nos acompañó desde que llegamos, cuando nos bajamos del avión y empezamos a hablar en señas.

Llegamos aquí a finales de febrero, cuando el frío se nos metía en los huesos y amenazó con matarnos a todos los doce que, por tantas diversas razones, consideramos que venirnos para acá era la mejor opción. Todo era blanco. Había nieve por todas partes, y estoy segura que el primer impulso de todos fue correr, brincar por entre esa selva de árboles muertos y tierra sin color. Pero nadie se atrevió a mover siquiera una mano. Todos recordamos por qué estábamos ahí, y que tal vez nunca volveríamos a andar por los caminos que creíamos, eran nuestros.

Edmonton huele a hojas frescas, y hay árboles y casas grandes por todos lados. Huele a semillas, a pepitas que se caen de los pinos, a ardillas chiquitas que se trepan en lo que ven y que no salen despavoridas cuando uno intenta tocarlas. Los señores de la organización nos habían dicho en Cúcuta que todo Canadá era así. M. C., una señora paisa muy querida que nos encontramos el segundo día en una de las reuniones a las que nos toca ir, no dejaba de hacernos preguntas, que tan raro, que por qué no nos mandaron mejor para Calgary, que sólo está a tres horitas en carro, o que tan feo que los hayan mandado para aquí, para Alberta, donde hace semejante frío, ustedes que vienen de donde es tan calien-

tico. Antes no se los llevaron pues para Fort Saskatchewan... Y nosotros no supimos responderle nada. Sonreíamos, era lo que sabíamos hacer, entendiendo siempre muy poco. Salimos tiritando de frío, las manos bien envueltas entre los brazos, la nariz llena de agua helada que no nos dejó concentrarnos en lo que aquellas personas tenían para decirnos en la reunión.

Le digo que hemos esperado mucho tiempo, especialmente las mujeres. Esperamos a que por fin salga el sol, a que el viento de la mañana nos caliente el corazón, a que nos digan que ya podemos regresar, que la casita no se perdió, que los animales están como los dejamos y que ese sueño que yo tuve, donde el monte me devoraba a mí y a mi casa, es pura imaginación mía. Esperamos a que nos digan qué pasó. A que nos expliquen. Que nos expliquen por qué nos tuvo que pasar eso y por qué a mí me tuvieron que hacer semejante daño. Esperamos a que aparezcan; esperamos a que regresen.

Yo tuve que volver a tejer. Si cuando estaba pequeña prefería la escuela, tejer me ha salvado la vida. Mire esto tan precioso: me tomó bastante trabajo hacerlo, pero las puntas me quedaron bien redonditas y sin hilos sueltos, como siempre me lo demandó la abuela. A los pocos días todos salieron a dar un paseo, díjeme a conocer un bosque de pinos que queda cerquita. Yo no fui capaz de ir. Les dije que estaba resfriada, y que si otro día se animaban, yo los acompañaba, les tomaba fotos y todo lo demás. Pero la verdad, se la digo a usted, es que yo no era capaz de hacerlo. No podría yo reírme ni tomarme fotos, ni llegar a emocionarme en esta tierra que no es mía. No podría hacerlo hasta que todos los que nos faltan estén aquí, vengán a recogernos y nos volvamos a encontrar en la fiesta de aguinaldos de este año.

Yo me fui por mi cuenta, como solía hacerlo cuando estaba pequeña, hasta

que el caer de la tarde me trajera de vuelta a casa. Busqué a Milamores, busqué las hojas gigantes para darle de comer a los peces rojos del abuelo, busqué el árbol de manzanas... encontré mi tejido. Encontré ese mundito que es mío, que ya no me van a arrebatar, que es un enredo de hilos de colores y puntadas trazadas con fascinación, desencanto, esperanza, desilusión. Me voy caminando por la parte trasera de la casa que todos compartimos y, conforme avanzo, me encuentro con pinos de muchos colores y emprendo una marcha sin dar paso atrás.

Me siento en una piedra gigante y observo lo que se pone a mis pies. La ciudad. Una ciudad enorme, un río blanco que la atraviesa, personitas diminutas que van en carro o a pie. Me pregunto nuevamente por qué y entonces lloro. Llora y grito, por primera vez. Grito y escarbo en las raíces de los árboles como buscando allá, en el fondo, ese pedazo de mundo que me arrebataron. Ruedo por el suelo. Los pinos y la nieve y el cielo se vuelven uno, una serie de imágenes que se repiten, que pasan una y otra vez frente a mis ojos. El cielo les gana la competencia por mi atención. Estoy arriba, con las nubes. Parpadeo despacito, saboreo cada imagen, no existe afán. Tres caballos galopan a toda marcha por una playa, levantan la arena con sus patas y el sol y el mar les acompañan en su trayecto. Milamores va adelante, y nos lleva a P., a C., a D., a mamá y papá, a los abuelos y a mí, todos juntos, en su lomo. Es una yegua tan blanca que se confunde con el cielo, aparece y desaparece, como si nubes pesadas se le atravesaran en su camino, pero ella logrará hacerles el quite. Los otros dos caballos se pierden en el horizonte, cuando deciden lanzarse al mar y ya no les veo sus crines ni sus orejas. Yo espero a que regresen. Espero a que regresen todo lo que nos arrebataron.

Espero para regresar a casa. ■■■